

Federico García Lorca

Llanto por Ignacio Sánchez Mejías

Mario Javier Pacheco García

La cogida y la muerte

A las cinco de la tarde.
Eran las cinco en punto de la tarde.
Un niño trajo la blanca sábana
a las cinco de la tarde.
Una espuerta de cal ya prevenida
a las cinco de la tarde.
Lo demás era muerte y sólo muerte
a las cinco de la tarde.
El viento se llevó los algodones
a las cinco de la tarde.
Y el óxido sembró cristal y níquel
a las cinco de la tarde.
Ya luchan la paloma y el leopardo
a las cinco de la tarde.
Y un muslo con un asta desolada
a las cinco de la tarde.
Comenzaron los sones del bordón
a las cinco de la tarde.
Las campanas de arsénico y el humo
a las cinco de la tarde.
En las esquinas grupos de silencio
a las cinco de la tarde.
¡Y el toro, solo corazón arriba!
a las cinco de la tarde.
Cuando el sudor de nieve fue llegando
a las cinco de la tarde,
cuando la plaza se cubrió de yodo
a las cinco de la tarde,
la muerte puso huevos en la herida
a las cinco de la tarde.
A las cinco de la tarde.
A las cinco en punto de la tarde.
Un ataúd con ruedas es la cama
a las cinco de la tarde.
Huesos y flautas suenan en su oído
a las cinco de la tarde.

El toro ya mugía por su frente

a las cinco de la tarde.
El cuarto se irisaba de agonía
a las cinco de la tarde.
A lo lejos ya viene la gangrena
a las cinco de la tarde.
Trompa de lirio por las verdes ingles
a las cinco de la tarde.
Las heridas quemaban como soles
a las cinco de la tarde,
y el gentío rompía las ventanas
a las cinco de la tarde.
A las cinco de la tarde.
¡Ay qué terribles cinco de la tarde!
¡Eran las cinco en todos los relojes!
¡Eran las cinco en sombra de la tarde!

La cogida y la muerte es el tercer poema de la serie **Llanto por Ignacio Sánchez Mejías**, conjuntamente con cuerpo presente, La sangre derramada y Alma ausente forman el cuarteto poético dedicado al dolor por la muerte del matador amigo.

Sánchez Mejías fue un torero escritor de la generación del 27, amigo de Lorca, que muere por la cornada de un toro.

Solo un poeta de las dimensiones del joven Federico García, asesinado en la flor de sus 38, tuvo la audacia de escribir esta polisíndeton con paralelismo sinonímico y en enumeración in crescendo para llevarnos al clímax en una catarsis que no deja el espíritu limpio, sino confundido y excitado.

La sangre derramada

¡Que no quiero verla!
Dile a la luna que venga,
que no quiero ver la sangre
de Ignacio sobre la arena.
¡Que no quiero verla!
La luna de par en par,
caballo de nubes quietas,
y la plaza gris del sueño
con sauces en las barreras
¡Que no quiero verla!
Que mi recuerdo se quema.
¡Avisad a los jazmines
con su blancura pequeña!
¡Que no quiero verla!
La vaca del viejo mundo
pasaba su triste lengua
sobre un hocico de sangres

derramadas en la arena,
y los toros de Guisando,
casi muerte y casi piedra,
mugieron como dos siglos
hartos de pisar la tierra.

No.

¡Que no quiero verla!

Por las gradas sube Ignacio
con toda su muerte a cuestras.

Buscaba el amanecer,
y el amanecer no era.

Busca su perfil seguro,
y el sueño lo desorienta.

Buscaba su hermoso cuerpo
y encontró su sangre abierta.

¡No me digáis que la vea!

No quiero sentir el chorro
cada vez con menos fuerza;

ese chorro que ilumina
los tendidos y se vuelca
sobre la pana y el cuero
de muchedumbre sedienta.

¡Quién me grita que me asome!

¡No me digáis que la vea!

No se cerraron sus ojos
cuando vio los cuernos cerca,
pero las madres terribles
levantaron la cabeza.

Y a través de las ganaderías,
hubo un aire de voces secretas
que gritaban a toros celestes,
mayorales de pálida niebla.

No hubo príncipe en Sevilla
que comparársele pueda,
ni espada como su espada,
ni corazón tan de veras.

Como un río de leones
su maravillosa fuerza,
y como un torso de mármol
su dibujada prudencia.

Aire de Roma andaluza
le doraba la cabeza
donde su risa era un nardo
de sal y de inteligencia.

¡Qué gran torero en la plaza!

¡Qué gran serrano en la sierra!

¡Qué blando con las espigas!

¡Qué duro con las espuelas!

¡Qué tierno con el rocío!

¡Qué deslumbrante en la feria!
 ¡Qué tremendo con las últimas
 banderillas de tiniebla!
 Pero ya duerme sin fin.
 Ya los musgos y la hierba
 abren con dedos seguros
 la flor de su calavera.
 Y su sangre ya viene cantando:
 cantando por marismas y praderas,
 resbalando por cuernos ateridos
 vacilando sin alma por la niebla,
 tropezando con miles de pezuñas
 como una larga, oscura, triste lengua,
 para formar un charco de agonía
 junto al Guadalquivir de las estrellas.
 ¡Oh blanco muro de España!
 ¡Oh negro toro de pena!
 ¡Oh sangre dura de Ignacio!
 ¡Oh ruiñeñor de sus venas!
 No.
 ¡Que no quiero verla!
 Que no hay cáliz que la contenga,
 que no hay golondrinas que se la beban,
 no hay escarcha de luz que la enfríe,
 no hay canto ni diluvio de azucenas,
 no hay cristal que la cubra de plata.
 No.
 ¡Yo no quiero verla!

García Lorca reitera sus polisíndeton en ¡Oh blanco muro de España!
 ¡Oh negro toro de pena! ¡Oh sangre dura de Ignacio! ¡Oh ruiñeñor de sus
 venas, especialmente en !que no quiero verla! con el cual se aparta con
 vehemencia del horror a la sangre de su amigo. Igualmente en la enumeración
 en crescendo “cantando por marismas y praderas, resbalando por cuernos
 ateridos, vacilando sin alma por la niebla, tropezando con miles de pezuñas
 como una larga, oscura, triste lengua,” Encuentro un giro extraño en este
 poema para la forma de escribir de García Lorca y es el cambio sorpresivo de
 ritmo y métrica, que venía en romance de octosílabos sigue con versos en
 decasílabos:

“Y a través de las ganaderías,
 hubo un aire de voces secretas
 que gritaban a toros celestes,
 mayores de pálida niebla.
 Y el siguiente en endecasílabos, lo cual confunde al lector acostumbrado al
 ritmo de romance:
 tropezando con miles de pezuñas
 como una larga, oscura, triste lengua,
 para formar un charco de agonía
 junto al Guadalquivir de las estrellas.

Regresa al ritmo de romance y finaliza con endecasílabos.

Cuerpo presente

La piedra es una frente donde los sueños gimen
sin tener agua curva ni cipreses helados.
La piedra es una espalda para llevar al tiempo
con árboles de lágrimas y cintas y planetas.
Yo he visto lluvias grises correr hacia las olas
levantando sus tiernos brazos acribillados,
para no ser cazadas por la piedra tendida
que desata sus miembros sin empapar la sangre.
Porque la piedra coge simientes y nublados,
esqueletos de alondras y lobos de penumbra;
pero no da sonidos, ni cristales, ni fuego,
sino plazas y plazas y otras plazas sin muros.
Ya está sobre la piedra Ignacio el bien nacido.
Ya se acabó; ¿qué pasa? Contemplad su figura:

la muerte le ha cubierto de pálidos azufres
y le ha puesto cabeza de oscuro minotauro.
Ya se acabó. La lluvia penetra por su boca.
El aire como loco deja su pecho hundido,
y el Amor, empapado con lágrimas de nieve
se calienta en la cumbre de las ganaderías.
¿Qué dicen? Un silencio con olores reposa.
Estamos con un cuerpo presente que se esfuma,
con una forma clara que tuvo ruiseñores
y la vemos llenarse de agujeros sin fondo.
¿Quién arruga el sudario? ¡No es verdad lo que dice!
Aquí no canta nadie, ni llora en el rincón,
ni pica las espuelas, ni espanta la serpiente:
aquí no quiero más que los ojos redondos
para ver ese cuerpo sin posible descanso.
Yo quiero ver aquí los hombres de voz dura.
Los que doman caballos y dominan los ríos;
los hombres que les suena el esqueleto y cantan
con una boca llena de sol y pedernales.
Aquí quiero yo verlos. Delante de la piedra.
Delante de este cuerpo con las riendas quebradas.
Yo quiero que me enseñen dónde está la salida
para este capitán atado por la muerte.
Yo quiero que me enseñen un llanto como un río
que tenga dulces nieblas y profundas orillas,
para llevar el cuerpo de Ignacio y que se pierda
sin escuchar el doble resuello de los toros.
Que se pierda en la plaza redonda de la luna
que finge cuando niña doliente res inmóvil;
que se pierda en la noche sin canto de los peces

y en la maleza blanca del humo congelado.
No quiero que le tapen la cara con pañuelos
para que se acostumbre con la muerte que lleva.
Vete, Ignacio: No sientas el caliente bramido.
Duerme, vuela, reposa: ¡También se muere el mar!

En este poema, García Lorca da rienda suelta a su osadía lírica y la metáfora hace que los sueños giman, que el agua sea curva, que existan árboles de lágrimas y que la piedra sea una espalda para llevar (se lleva porque permanece sobre los tiempos)

En la segunda estrofa, como algo singular, encontramos solo dos adjetivos, y se reitera la musicalidad, las preposiciones, y los sustantivos haciendo el papel de adjetivos y calificando. La metáfora vive en cada verso, lobos de penumbra, amor empapado y la vida que el poeta describen en la sexta estrofa como una forma clara con ruiseñores. También echa mano de la polisíndeton no canta nadie, **ni** llora en el rincón, **ni** pica las espuelas, **ni** espanta la serpiente: y reafirma la soledad de la muerte, o el miedo.

Hace el poeta un clamor metafórico, convocando los hombres duros, a quienes les suena el esqueleto y cantan con una boca llena de sol y pedernales.

García Lorca utiliza su verso para reflejar la dura realidad de la guerra civil, que terminaría asesinandolo. Convoca a los que hablan para que digan dónde está la salida para este torero

Federico García, igual que tiene obsesión por el verde, la tiene por la sangre, por el amarillo, pide dulces nieblas, profundas orillas y un llanto como un río. Metáforas de despedida.

En la estrofa deja dos referencias al trabajo y motivo de la muerte del torero, que no ha sido expresada llanamente antes. La plaza de la luna y la res inmóvil.

García Lorca utiliza pocos adjetivos, entre uno y 4 por estrofa, comparado con Rubén Darío que utiliza hasta siete.

Lorca prefiere dar a los sustantivos valores metafóricos que califican

Alma ausente

No te conoce el toro ni la higuera,
ni caballos ni hormigas de tu casa.
No te conoce el niño ni la tarde
porque te has muerto para siempre

No te conoce el lomo de la piedra,
ni el raso **negro** donde te destrozas.
No te conoce tu recuerdo **mudo**
porque te has muerto para **siempre**.
El otoño vendrá con caracolas,
uva de niebla y monjes agrupados,
pero nadie querrá mirar tus ojos

porque te has muerto para siempre.

Porque te has muerto para siempre,
como todos los muertos de la Tierra,
como todos los muertos que se olvidan
en un montón de perros apagados.

No te conoce nadie. No. Pero yo te canto.
Yo canto para luego tu perfil y tu gracia.
La madurez insigne de tu conocimiento.
Tu apetencia de muerte y el gusto de tu boca.
La tristeza que tuvo tu valiente alegría.

Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace,
un andaluz tan claro, tan rico de aventura.
Yo canto su elegancia con palabras que gimen
y recuerdo una brisa triste por los olivos.

García Lorca hace un canto desgarrado al olvido, genial y vehemente, como él sabe hacerlo. No te conoce nadie porque te has muerto para siempre, nadie recuerda al que muere, el recuerdo es efímero. No hay adjetivos en la primera estrofa. Solo un verbo, conocer, con el que fabrica el hipozeugma para que se sobre entienda en higuera, caballos, hormigas, niño, tarde, el lomo de la piedra, el raso negro, y finalmente en el recuerdo. Al muerto no lo conoce ni siquiera el recuerdo. En la segunda estrofa solo hay dos adjetivos, negro y mudo. En la tercera estrofa insiste en el sustantivo que califica: uva de niebla y en la cuarta, perros apagados.

En la penúltima estrofa deja entrever su relación sexual con el torero, cuando menciona “yo canto para luego tu perfil y tu gracia/ la madurez insigne de tu conocimiento/ tu apetencia de muerte y el gusto de tu boca.” igual que hizo con él Salvador Dalí en sus cuadros “Aparición de un rostro y un frutero en una playa” y “Afgano invisible”